

16 PAGINAS, 15 CENTIMOS

La Caricatura

AÑO II

MADRID 29 DE ENERO DE 1893.

NÚM. 22.



PATINANDO

—Cuidadito, Marina, no se le vayan á usted los pies.

— ¡Oh, no hay cuidado! No se me irán. He ofrecido á mi esposo no volverme á escurrir.

ZORRILLA

LA CARICATURA suspende por un momento sus bromas para saludar con sincero respeto la memoria del gran poeta... No haya miedo de que nosotros imitemos á los que *aprovechan* estas tristes ocasiones para lucir sus personas. El dolor literario, fingido casi siempre, nos irrita. En LA CARICATURA contaba Zorrilla, no sólo con la grande admiración á que todo español está obligado para con el autor del *Tenorio*, sino con ese afecto íntimo que no puede manifestarse con frases.

Para no mezclar nuestra pobre literatura, con el nombre preclaro del insigne escritor, sustituiremos nuestras palabras con otras del gran artista.

Hace años que guardamos una carta íntima del insigne poeta, carta que refleja su carácter, y en la que constan algunas de sus amarguras. Hubo una época en que á Zorrilla se le discutieron unos miserables ochavos, y entonces decía á una persona que trabaja en LA CARICATURA, persona que debió gran protección al maestro, lo siguiente:

.....
»Usted puede escribirme cuanto se le ocurra y se le antoje, sin temor de molestarle; yo tendré un gran placer en que me participe usted sus esperanzas y sus prosperidades, y en servirle á usted siempre que pueda.

»Tupe determinado ir á esa y permanecer ahí del 1.º al 15 de este mes; pero como sobrevinieron la coalición y las elecciones municipales, lo suspendí, porque supuse imposible ver á ninguno de los amigos ministeriales y coalicionistas con quienes tenía que tratar de asuntos que se hubieran perdido en aquella marejada.

»Ahora no sé todavía de fijo cuándo es mi recepción en la Academia, á la cual no iré hasta un día ó dos antes, porque quiero evitar ruido, que ni me conviene ya meter ni me permite soportar el estado de mi salud.

»Ya puede usted suponer que me he despedido cordialmente de la pensión que no llegará jamás á votarse según las trazas: así, que he tirado mis líneas para buscarme trabajo en Barcelona y en el extranjero para este año y el invierno próximo, si vivo, porque no pienso dejarme morir de hambre mientras pueda trabajar; siquiera sea en faenas inferiores á mi reputación literaria y á mi posición social.

.....
»Con lo cual, adiós. Trabajar, ser atento con el Sr... y... y los que le han favorecido ahí, y no dejar perder las amistades de los leales, que no hay muchos.»

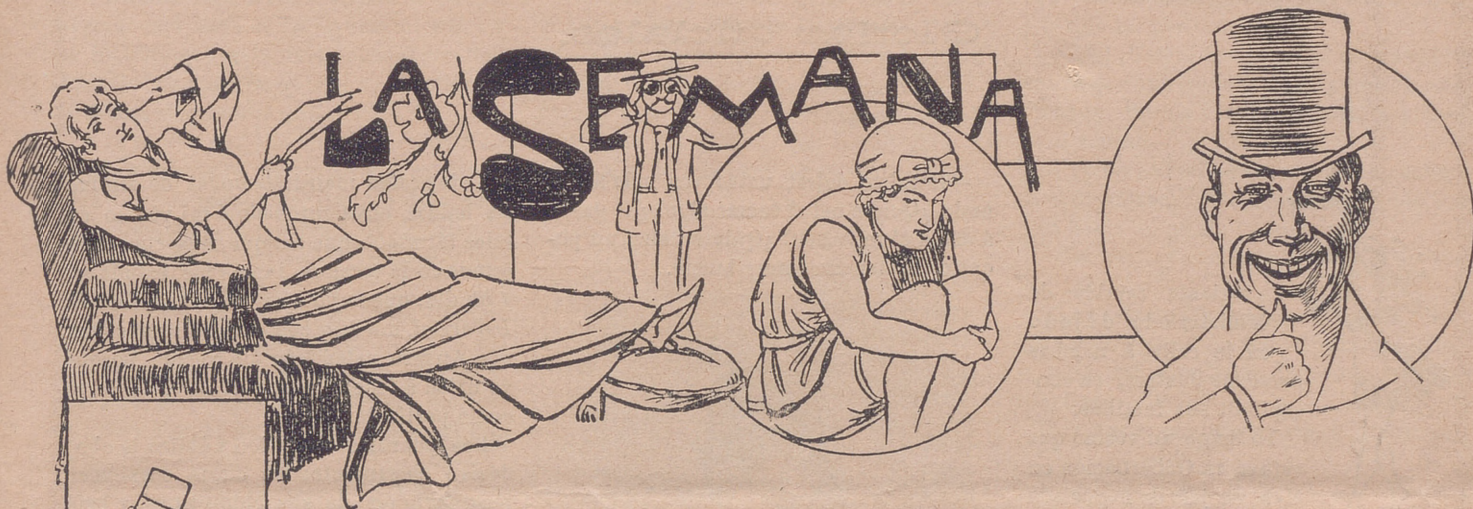
José Zorrilla.

El hombre aparece en esta carta tal como era. Sencillo, noble, cariñoso...

Hoy el entusiasmo popularse ha desbordado en honor del poeta. Después de pasadas las pompas que los vivos han dedicado al muerto ilustre, pidamos á Dios que descanse en su gloria el genio, Zorrilla, el viejo trovador, que hace unos años se disponía á emplearse en faenas inferiores á su condición, para no morir de hambre.

La Redacción.

LA CARICATURA



¿Uésemanita, eh? Al que no está encasillado le falta poco.

«Somos más de mil los candidatos, solamente por parte de padre, es decir, del Gobierno—dice un periódico, ó un aspirante, desde un periódico, á D. Venancio Mártir.

»¿Qué vergüenza es esta? ¿Qué dirá el país? ¿Qué fué de aquel partido todo unidad y fraternidad y longevidad?

¿El partido de los ex milicianos, de los progresistas de bien, de los *Miguels*, Lunas, Ceniceros y tantos otros varones consecuentes y amigos heroicos?»

¿Cómo le ponen al ministro!

Gracias á que D. Venancio está ya fogueado, simbólicamente hablando; esto es, que ya conoce á los hombres y á las crías de su partido, que si no, á estas horas tal vez hubiéramos leído en la prensa periódica, en la sección de *Sucesos desgraciados*:

«Ayer puso fin á sus días un caballero decentemente amueblado, como de cuarenta á sesenta años de edad media, un tanto obeso y alicorto de un lado, con bigote y barba de lo mismo, de alzada regular y ojos graciosos y expresivos. Este hombre, al parecer suicida, llevaba en un tirante la marca v. g.»

Pero de todo se sale en esta vida, bien ó mal, pero se sale.

No hay más que tener paciencia y *lasser foire*, que decía uno de nuestros primeros camuesos literario-teatrales.

Uno para quien... no me atrevo á decirlo... y lo diría de buena gana, pero diciendo también el nombre del citado melocotón.

Como hay que decirlo, como debe decirse, y según me propongo, á partir del número próximo de LA CARICATURA, ir tirando de la manta y dar á cada alcornoque lo suyo.

Tengo ya una lista curiosa de caballeros, y vidas y hechos de los mismos.

Pues bien, el susodicho escritor, decía de D. José Zorrilla, que era un poeta ruinoso y ripioso.

—Tú eres de otra escuela—replicó uno de los presentes, en oyendo los disparates del escritor.

Efectivamente, de la escuela de su pueblo.

Desde las primeras letras había pasado á *muso*, sin tropezar siquiera con un «Manual de literatura para chicos imbéciles que quieren seguir para autores.»

Con Zorrilla muere el cantor genuinamente español de nuestra historia y sus héroes.

El poeta de tres generaciones, una le tomó por maestro redentor de nuestra poesía castellana, y otras le colocaron con respeto en el primer puesto entre nuestros poetas desde los primeros rimadores de la rica habla castellana hasta nuestros días.

Gracias á que tanta es tu altura en la historia de la poesía, no solamente española sino de la raza latina en nuestros tiempos, que no pueden menos cabarla envidiosos ni panegiristas de *folletón*.

Críticos de csos que nacen en el cesto de los pape'es en algunos periódicos.

Sin embargo, tu grandeza no te librará. ¡Si pudieras leer ó conocer lo que *van escribiendo* de tí y de tus obras, te indignarías!

Quien publicaba á las tres ó cuatro horas, un tomo en rústica, como suyo, ocho ó diez columnas de periódico que pudieran hacer el tomo.

Lo cual revela que ya tenía tomada la medida de mortaja y aguardaba con impaciencia tu muerte para lucir sus dotes y conocimientos, y su estilo literario, cursi como su facha.

Para encaramarse sobre tu tumba, y colocar su pluma sobre tu lápida cineraria.

Otro te trata como si hubiéreis andado juntos en bodegonos y tascas.

¡Cuántos horrores!

¡Cuántos disparates!

Para recompensarte de tan insolentes profanaciones de tontos y pedantes y demás, te habrá servido la manifestación de duelo y respeto del *todo Madrid*.

A tu entierro hemos acudido todos, hemos llorado algunos.

—¿Quién es el muerto?—preguntaba una mujer, viendo pasar el fúnebre cortejo por la calle Mayor.

Y un hombre, así entre chulo y persona, viejo ya, respondió á la mujer con tono de respeto:

—Un escritor público: el padre de *don Juan Tenorio*.

—¡Ay! ¡qué lástima!—exclamó la mujer enternecida.—Esos hombres que valen tanto se mueren, y en cambio los ministros y los gordos no mueren nunca.

Eduardo de Palacio.

Glorias oficiales.



El reciente cambio de Ministerio ha dejado en la calle á muchas personas ilustres, en concepto de sus familias.

Yo tengo un vecino que estuvo en Gobernación en clase de jefe de negociado durante la época de los conservadores, y el tal sujeto se pasaba el día regañando á la portera y perdonándonos la vida á todos los demás inquilinos. Si algún aguador subía las escaleras metiendo bulla, salía de su habitación el jefe de negociado y comenzaba á chillar y á amenazar, rno, diciendo:

—¡Qué falta de consideración! ¡Qué escándalo! No le dejan á uno descansar en esta casa. El día menos pensado aviso al



“No hay quien me pegue un tiritito en mitad del corazón.”

inspector, y van todos ustedes pitando á la cárcel modelo.

Yo le tenía un miedo cerval, y estaba temiendo que á lo mejor subiera la policía y nos prendiese á todos; tanto, que más de una vez tuve que decir á mi aguador:

—Arturo, procure usted pisar despacito para que no se incomode el funcionario del piso segundo.

El era hombre que iba á casa de Cánovas dos veces al mes, y era recibido allí con mucha amabilidad, hasta el punto de decirle el Presidente del Consejo de Ministros:

—Hombre, déjese usted ver más á menudo. ¿Quiere usted tomar algo? ¿Le gusta á usted el requesón? ¿Quiere usted un poquito? Lo tenemos muy bueno.



DE ESPERA

—En cuanto venga la diré que la adoro. Eso no la conmovió, pero puede que lo crea.

Todas estas manifestaciones de simpatía habían envalentonado á mi vecino en tales términos, que aunque nos encontrásemos en la escalera, jamás me saludaba; y un día, que supo que yo escribía en *El Imparcial*, me dijo con aire de protección:

—Andese usted con ojo, vecino, porque va usted á tener que sentir. Se lo advierto como particular.

Los guardias de orden público le obedecían ciegamente. En cierta ocasión se puso malo uno de sus chiquitines, y bajó á la esquina para decir á la pareja:

—¡A ver! Que suba inmediatamente á mi casa uno de ustedes.

—¿Para qué?

—Para jugar con mi niño. Se le ha antojado un sable, y quiero que ustedes se lo faciliten. ¿No saben ustedes quién soy yo? Pues soy Guzquiz, jefe de negociado en el ministerio de la Gobernación, y amigo de don Antonio. No les digo á ustedes más.

En fin, no había quien pudiera resistir



—Si no se calla usted, sí se lo pego, mamarracho.

á aquel hombre que estaba en el poder y ejercía su autoridad fuera y dentro del domicilio.

Una tarde cometí la indiscreción de arrojar al patio una colilla, y ésta fué á caer en el balcón de mi vecino.

—¿Cómo se entiende? —gritó desde abajo. —¿Es así como se respeta la posición oficial que ocupo?... Yo le enseñaré á ese vecino á guardar las consideraciones que marca la ley.

Y á los cinco minutos estaba llamando en mi casa un inspector del ayuntamiento, y conminándome con una multa por

haber quebrantado las ordenanzas municipales.

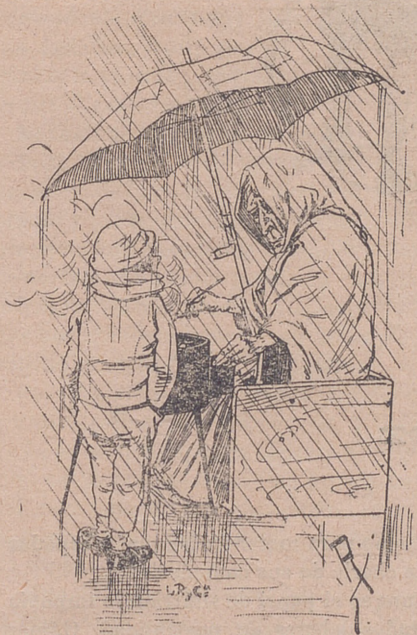
—Ha ofendido usted á un jefe de Gobernación — me decía el del ayuntamiento — y es hombre que está relacionado con don Antonio; de manera, que si no castigo la falta de usted tendré que sentir.

A la esposa del jefe de Gobernación se le había subido la autoridad á la cabeza, y cada vez que pasaba por delante de la portería, llamaba á la portera para decirle:

—No me gusta ver en el portal esas escobas y esos trapajos.

—Es que he estado haciendo la limpieza — respondía la interpelada.

—Pues bien, retire usted esos *artefectos* indecorosos, porque si los ve mi marido va usted á tener un serio disgusto. El día



—Si estuvieran calientes compraría, pero ¡cál! A ver, de me usté una para probar...

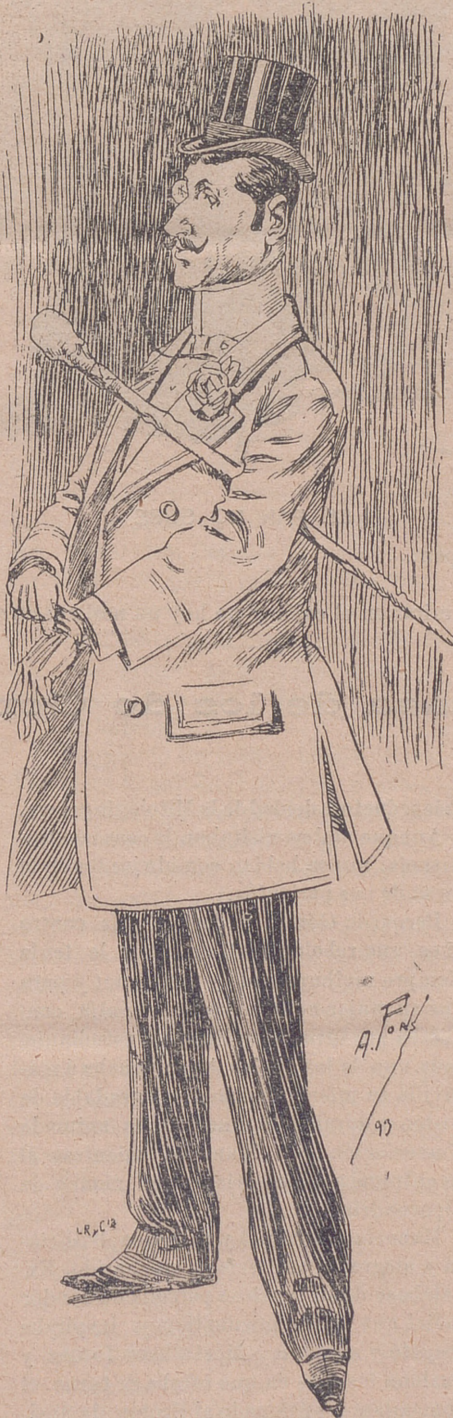
menos pensado viene Cánovas á hacernos una visita, y no está bien que tropiece con semejantes chismes.

El jefe de Gobernación había visto en casa del Presidente del Consejo que los criados servían la comida con guantes de algodón, y lo primero que hizo fué obligar á su doméstica á que se comprara unos verdes; pero la infeliz, que era de la Alcarria, y no tenía costumbre de usar aquellos calcetines en las manos, se veía y se deseaba para poder barrer y manejar los cacharros; de modo que iba á coger un barreño y se le escurría, haciéndose pedazos contra las baldosas.

—¡Animal!—gritaba la *jefa* de negociado.—Va usted á concluir con la vajilla.

—Bueno, pues quíteme usted estos guantes—contestaba la maritornes.

—Ya se conoce que no ha servido usted en ninguna casa decente—replicaba la señora.—Cuando venga mi esposo del ministerio le voy á decir que la entregue á usted á la policía para escarmentarla...



DE ESPERA

—En cuanto llegue la diré que la adoro. Eso, aunque no lo crea, la convencerá.

De pronto cayó el ministerio, y mi vecino fué una de las primeras víctimas de don Venancio. Llegó una tarde á la oficina, y le dijo un portero:

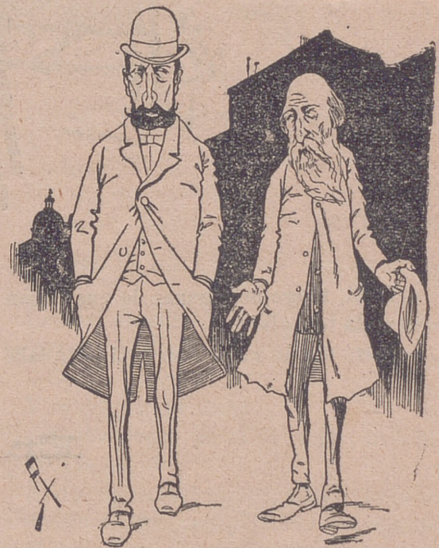
—Eh! ¡Usted! Esa mesa es de un señor nuevo que ha venido á tomar posesión esta mañana. Recoja usted sus chismes y hasta el verano.

—Yo no he recibido la cesantía—contestó el funcionario conservador, abriendo los ojos hasta un punto inverosímil.

—La tengo yo en el bolsillo para dársela á usted.

El ex jefe tornóse pálido. Después recogió sus chismes, hizo con ellos un paquete, y salió del ministerio lanzando hondos suspiros.

Hoy anda por ahí triste y taciturno,



—Señor, cincuenta años hace que me quedé huérfano y aún no he podido consolarme de la desgracia... Una limosna.

pensando en la autoridad perdida, y cuando regresa á su casa después de recorrer los cafés en busca de alguien que le socorra, entra en la portería y dice á la portera:

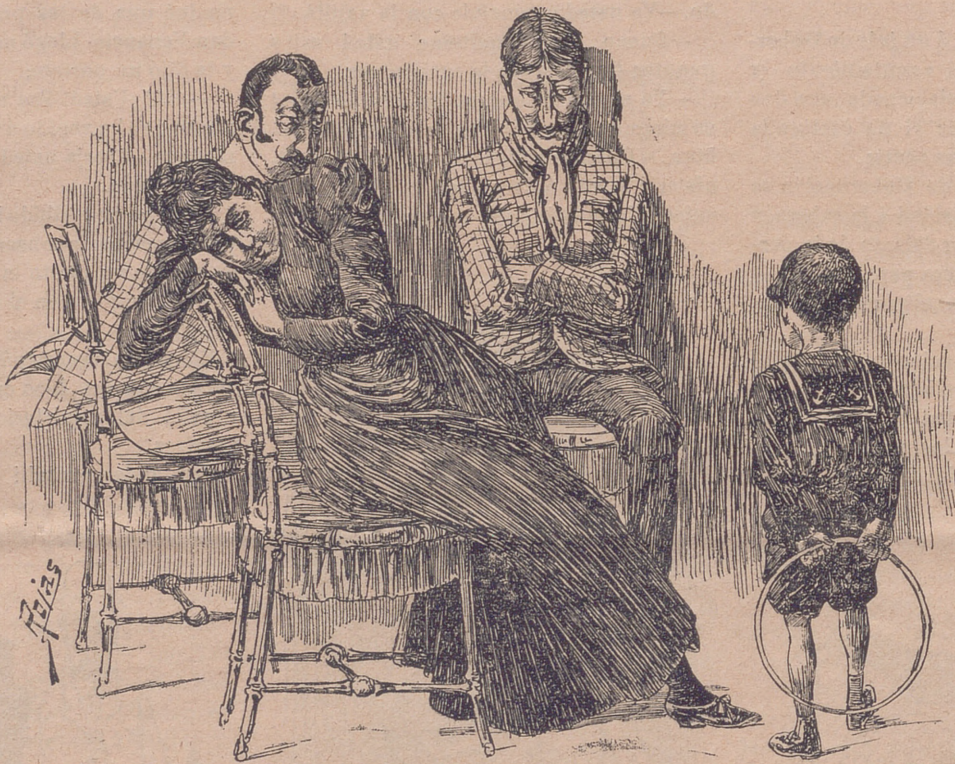
— ¡Ay señá Nicanora! ¡Lo que va de ayer á hoy! Hágame usted el favor de dejar que me siente cerca del bi-sero porque estoy aterido...

— Calientese usted, don Joaquín, que ya vendrán tiempos mejores — contesta la portera echando sobre los hombros del ex-funcionario un mantón viejo para que no se constipe.

Así son todas las glorias oficiales en este bajo mundo.

Luis Taboada.

(Prohibida la reproducción.)



EL PAN NO SUBE

— Papá, tengo más ganas de que suban el pan...

— ¿Más todavía?

— ¡Pero si aún no lo han subido! Acabo de mirar en el cajón y no hay un mal cuscuro.

En casa de los de Gomez



A última Nochebuena, comían en casa de los de Gómez un primo segundo de la señora y un sobrino político de un tío del señor.

Pero no se detengan ustedes en desentrañar estos parentescos, porque si bien han servido para juntar á los personajes de la presente historia, no hace falta ninguna para comprender lo que sigue.

Era el primer convidado don Alejandro León, comandante de infantería, que pasa revista en Aranjuez, donde cobra, por servicios que no presta, y vive constantemente en Madrid donde paga favores que goza con dificultad.

El segundo era Juanito Astorga, estudiante en décimo año de la carrera de ingenieros de Montes, quien, desde que cursa en Madrid, no ha desplegado su ingenio en el estudio de otros montes que los que se tallan en el casino, amén de los que son del dominio, no del Estado, sino de la

más seductora deidad de la Mitología griega.

Aunque ambos visitaban la casa con frecuencia, nunca habían comido juntos en la mesa de sus parientes.

Bernardo Gómez padecía, hacía cuatro años, una rebelde gastralgia que le tenía siempre malhumorado y taciturno; y para que su mujer no le cobrase antipatía, convidaba por turno al militar y al estudiante, cada uno de los cuales desempeñaba á maravilla su misión delicada y agradable de sostener durante algunas horas animada conversación con Manuela, mientras él se entregaba á sus tristes reflexiones de hipocondríaco.

Manuela era bonita y avispada, bulliciosa y alegre; la antítesis de su marido. Exhalábase de su graciosa persona un candor jovial que, á un mismo tiempo, inspiraba respeto y simpatía. Mostrábase locuaz y burlona los días en que estaba de turno el comandante, aficionado al tiroteo de insinuaciones y equívocos. En cambio se daba aires de romanticismo en presencia del estudiante, cuya tierna mirada no podía recibir sin que se le llenasen de languidez los ojos.

Aquella noche, la comida fué alegre hasta para el pobre enfermo, que salió de su

mutismo para meter su lengua á espadas en la charla de sus comensales.

Aunque el papel de anfitrión le imponía sagrados deberes de neutralidad, Gómez tomaba con frecuencia partido por León contra Juanito, en las discusiones sobre religión y política.

El comandante había sabido granjearse la amistad de Bernardo, fingiéndose partidario acérrimo de todas sus ideas, por absurdas y descabelladas que fuesen. Sistema inventado por los parásitos de la política, y que á León, incapaz de inventar nada, le daba excelentes resultados en casa de Gómez.

Por otra parte, había sabido captarse las simpatías de Manuela, con requiebros y finezas que hubieran hecho reír á una mujer de mundo, y que halagaban el amor propio de la virtuosa mujer de Bernardo.

A pesar de sus ribetes de calavera traspasado, León poseía esa correcta exterioridad que aún se cotiza entre las mujeres honradas. Vestía con estricta sujeción al último figurín, y formaba en fila, con la alta goma, á la puerta de las Calatravas, á la hora en que nuestras fervientes católicas salen de la única misa que oyen en toda la semana.

Juanito, por su parte, reunía las ventajas de la juventud, en lo que tiene de más seductor para una mujer expuesta á deslizarse por la pendiente de una pasión extraconyugal. Era inteligente y cauteloso. Ocultaba un espíritu audaz bajo engañadoras apariencias de timidez. En el lenguaje del amor, ponía toda su elocuencia en sus ojos; y era maestro en aprovechar los momentos propicios para lanzar á una mujer, en plena reunión, furtivas miradas que contenían un mundo de revelaciones y promesas; declaraciones más eficaces que las frases de amor murmuradas al oído de la mujer querida.

Hacía tiempo que envolvía á Manuela en las redes de un sentimentalismo apasionado, pero no quería lograr el éxito de su paciente labor precipitando el desenlace.

Sin embargo, al apercibirse de que el comandante dirigía sus baterías á la misma fortaleza, temió que su adversario le ganase la partida, y estrechó el cerco á fin de dar el asalto sin más demora.

Manuela se hallaba en la crítica situación de la mujer, que apenas iniciada en los goces de la vida conyugal, se ve de pronto y por largo tiempo privada de ellos, precisamente cuando los juveniles ardores de su temperamento reclaman con más fuerza satisfacciones muy distintas de las que puede proporcionar á su consorte un marido condenado á la abstinencia.

Poco á poco se había familiarizado con los sobresaltos de su conciencia, y la idea de la falta, que tanto la espantó al principio, acabó por parecerle una justa y natural revancha de las privaciones que le había ocasionado el régimen curativo de su esposo enfermo.

Algo de esto vislumbró aquella noche Alejandro de León; y como era evidente

que la falta en que estaba expuesta y tal vez dispuesta á caer su prima, es de las que no se cometen sin la conjunción de dos personas de distinto sexo, aspiró con grande empeño á ser el cómplice de Manuela en lo que él llamaba *intriga amorosa*, tratándose de sí mismo, y que hubiese calificado severamente de *adulterio*, de cometerse con su rival.

—No hay duda que ese mequetrefe la hace el amor—pensaba el comandante; pero nada debo temer si ando listo. Es un enamorado platónico que gasta la pólvora en salvas. A Manuela le gustan las moneñas del mocito, porque á toda mujer le halaga que la adoren. Pero á mí me quiere con más fuerza, con más intención, con más ganas, y con esto dicho está que la victoria ha de ser mía.

A pesar de su presuntuosa seguridad, pensó que no sería malo quitar al platonismo de su rival toda ocasión de convertirse en otra cosa más positiva.

—Bueno es que el chico me la ponga á punto de caramelo, pero he de evitar que se la chupe—decía algo escamado, al ver que eran cada vez más íntimos los coloquios de Juanito con Manuela.

León acabó por alarmarse de veras, y decidió levantar un obstáculo entre los dos enamorados. Después de mucho pensar, le pareció que lo mejor sería separarlos. ¿Pero cómo?

—¡Bah, bah! ¡A qué tanto cabildeo!—exclamó de pronto para sus adentros.—Lo más sencillo es avisar á Gómez.

Y así lo hizo.

—Mi querido Bernardo—le dijo llamándole aparte—soy de la familia y sabes lo mucho que te quiero. Me has puesto en el secreto de las circunstancias que motivan tu abstinencia amorosa. Todo lo comprendo... ¡La salud antes que todo! Pero el haber dejado de ser hasta cierto punto el marido de tu mujer, no es un motivo para que hayas de ser... engañado. Tienes derecho á hacerte respetar... Manuela lleva tu nombre... ¡qué diablos!... y sería madre de tus hijos, si los tuviese... ¡En fin, que en tu lugar me reventaría ver que un zascandil como ese estudiantillo me camelaba la mujer!

—¿Crees, acaso, que Manuela es culpable?

—Ese no, pero sí capaz de serlo.

—¿Con Juanito?

—Con Juanito.

—¿Sabes si ella le ama?

—¡Yo qué he de saber!

—Entonces...

—Puede encapricharse con él, y esto es lo que debemos evitar.

—¿Qué me aconsejas?

—Que cierres la puerta de tu casa á ese mequetrefe.

—Gracias por tu consejo. Precisamente he de salir mañana para un viaje que durará cuatro ó cinco días, y te agradeceré



—¿Cómo? ¿Ya hasta los perros me siguen?

que durante mi ausencia vigiles á mi mujer.

León se abrochó la levita con majestuosa gravedad, diciendo:

—Confía en mí.

Y se marchó pensando:

—Si Bernardo se va de viaje mi conquista es segura.

Al día siguiente, Gómez, que no se había atrevido á dar pasaporte al estudiante, prohibió á su mujer que le recibiese no estando él en casa.

Prohibición que exasperó á Manuela, y precipitó los acontecimientos que temía el celoso comandante.

Apenas habría llegado á... el tren en que Gómez se trasladaba á Barcelona, cuando la esposa de Bernardo infringía por primera vez las órdenes de su marido, recibiendo con excepcional amabilidad al futuro ingeniero de Montes.

—¡Eso es cosa de León!—exclamó el estudiante al escuchar de labios de su amada el decreto de proscripción que contra él había formulado Gómez.

—¿Crees tú que el comandante?...

—No cabe duda.

—Pues no ha de burlarse impunemente de mí. Yo me vengaré de su infamia.

—¿Qué va usted á hacer?

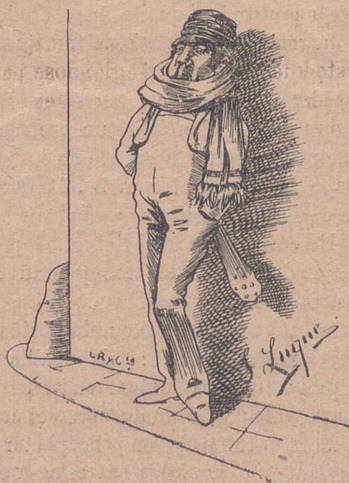
—Ya verá usted. Vuelva usted esta noche.

—¡Oh dicha! ¿A qué hora?

—A las diez.

—¿Estará usted sola?

—Probablemente. Ahora váyase usted, porque presumo que no tardará en presentarse Alejandro. ¡Ah! Diga usted de paso á la portera que suba.



EL REY DE BASTOS

Calle de la Comadre, de media noche en adelante.



CÓMO SE PINTAN MARINAS... DEL NATURAL

No se equivocaba Manuela. Cinco minutos después de haber salido Juanito, entró el comandante con la sonrisa del triunfo en los labios.

—Manolita, ¡qué triste te habrás quedado! De veras te compadezco. Ese pobre Bernardo nunca se había separado de ti. Pero no te aflijas. Yo vendré con frecuencia á distraer tus soledades. Te quiero tanto que... que... no te aburrirás conmigo.

—Contigo cuento, efectivamente, amado primo.

—Menudearé mis visitas.

—A todas horas estarán abiertas para ti las puertas de mi casa.

—¡Y más bien de este Paraíso.

—Te recibiré en la mayor intimidad.

—Con lo cual me harás el más feliz de los mortales.

—¿Volverás esta noche?

—¿Si me lo permites?

—¿Por qué no?

—¡Oh dicha! ¿A qué hora?

—A las once.

—¿Por qué tan tarde?

—Porque he de escribir antes una porción de cartas.

—¿Estarás sola?

—¡Vaya una pregunta!

—Volveré á las once en punto. Puntualidad militar. Contaré las horas y los minutos con impaciencia febril.

Y se fué lleno de amorosas esperanzas, más satisfecho que si hubiese ganado una acción de guerra.

En el momento en que el reloj del Banco daba la undécima campanada (estilo melodramático), León entraba en las habitaciones de Manuela. No hallándola en la sala ni el comedor, penetró en el gabinete, débilmente alumbrado por una lámpara, cuya vacilante luz producía pálidos reflejos en los cristales de la alcoba.

Alejandro vaciló un momento, presa de viva emoción. Apenas podía creer en la felicidad que vislumbraba. Supuso que su prima, por pudor y por espíritu novelesco, no quería caer sino por sorpresa en aquella amorosa aventura.

A León no le importaban los medios con tal de llegar al fin deseado. Adelantóse con cautela, y dió discretamente dos golpecitos en los cristales de la alcoba. Silencio profundo. Empujó la vidriera, que cedió sin ruido al impulso de la mano.

La alcoba estaba á oscuras. El comandante no vislumbró más que el blanco cortinaje de la cama. La tentación se le hizo irresistible. Dió dos pasos hacia aquel nido de amor, don le esperaba encontrar inefables goces. Pero de pronto vió surgir de detrás de las cortinas un fantasma que le pareció gigantesco, y antes de que se diese cuenta de aquella inesperada aparición, recibió en la cabeza un tremendo golpe, que le dejó aturdido. Otro golpe recibido en el pecho despertó en nuestro hombre la conciencia de un gran peligro; y un tercer golpe aplicado en lo bajo de la espalda, le hizo tomar la súbita resolución de huir á escape.

—He caído en la boca del lobo pensaba al bajar de dos en dos los peldaños de la escalera.

En el zaguán tropezó con la portera, que le dijo en són de burla: ¿No sabía usted que don Bernardo hubiese vuelto?

León, incapaz de imaginarse el complot fraguado entre su prima, la portera y el estudiante, no ha vuelto á presentarse en casa de los de Gómez.

Juan B. Enseñat.



AL VUELO

— Es una tontería que almuerces solo. ¿Quieres que te acompañe?
— No, ¡que hoy llevas los dientes de los días de fiesta!

Los estériles



SON muchos, que lo malo abunda por la arbitrariedad de la Naturaleza. Hay estériles en todos los lugares y en todas las capas más ó menos remendadas de la sociedad. Los estériles son esos que nada producen, que para nada sirven, y que rabiosos, desengaños, entristecidos por su impotencia, se pasan la vida royendo los zancajos de cuantos tienen ilusiones, ambición, ganas de trabajar, entusiasmos; cualquiera de las cualidades que bullen en las almas de los nacidos para algo más que para comer, dormir y morir.

Estéril es Pepito Canaleta, que se sonríe cuando oye hablar de los que escriben, de los que peroran, de los que estudian, de los que se agitan. Canaleta es más práctico, según su cuenta. Quiere vivir á gusto, y él llama vivir á lo que hace. Las letras de molde le producen náuseas, los libros le dan grima, las conversaciones interesantes le revientan. El es señorito, vamos al decir, tiene así como un privilegio para usar chistera y ceñir su cuerpo con prendas de ropa terminadas en faldones. Pero la punta del señorío, que le enorgullece, no se la ve en lo psíquico ni el más lince. Si á él le hubieran encargado un *proyecto de hombre*, le habría puesto sin cabeza. ¿Para qué sirve la cabeza? Para nada. Canaleta no se ha metido en averiguaciones antropológicas jamás, ni sabe de dónde venimos, ni á dónde vamos, ni en su vida oyó hablar de monogenismos, poligenismos y demás zarandajas; pero si se le aprieta un poco en lo de las conexiones del hombre con el mono, cree en ellas á pies juntos. Quizás no llegará á decir que el mono es nuestro ascendiente, pero de seguro que, sin razonar su opinión, afirma que el mono es nuestro heredero.

Para Pepito, el mundo se creó con el objeto de lucir buena ropa, correr *juergas* y si á mano viene echarlas de *guapo*. Al que se escurra un par de dedos más allá de esta creencia, le calificará Pepito de majadero completo. Hay que vivir para el placer, y el placer consiste en retozar con buenas mozas ó con malas mozas, y en tener vanidad; pero una vanidad modesta que en ocasiones está toda ella pendiente

del corte de un pantalón. En Madrid luce poco Pepito, pero en las poblaciones rurales se infla y bambolea como un globo. Allí se siente superior, y desprecia las glorias del mundo, no como fray Luis de León, por amor á la placidez del campo, sino como Panza, porque opina que eso de las

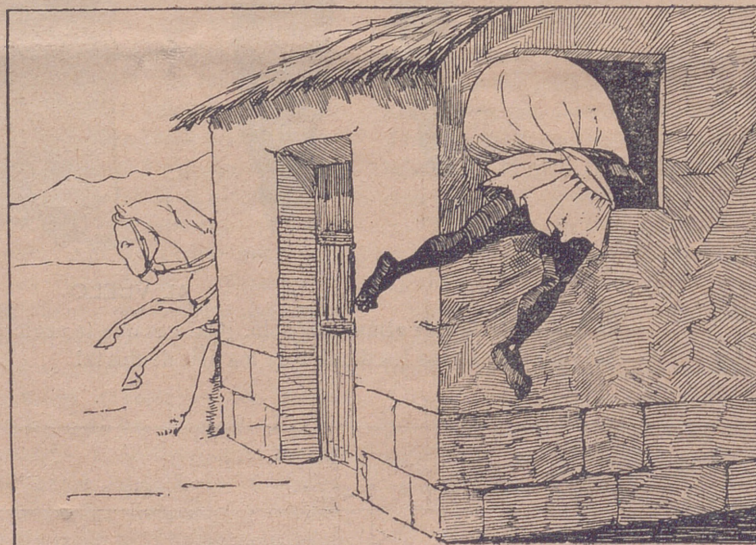
grandes aspiraciones humanas es poco ó nada sustancioso.

El día en que se muera no tendrá el remordimiento de sus obras, y llevará á la tumba el cerebro virgen: lo mismo que le sacó del vientre de su madre. Sin embargo, alguien llorará su desaparición; ese

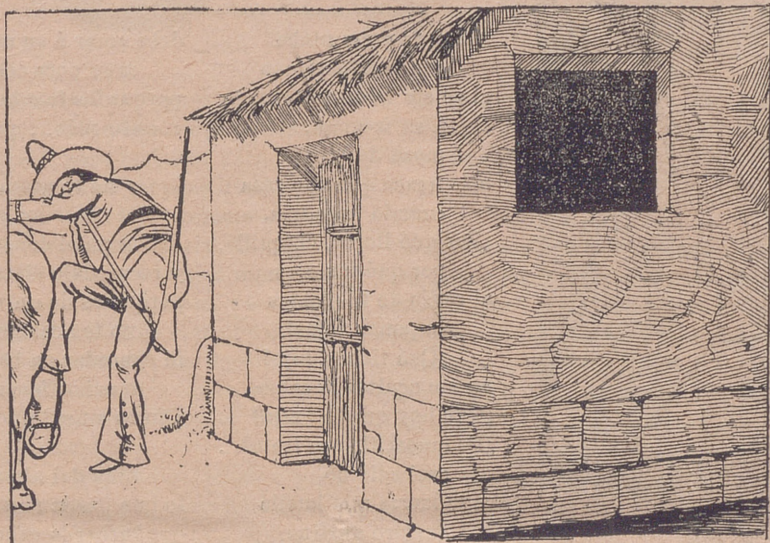
GUARDAS Y MATUTEROS



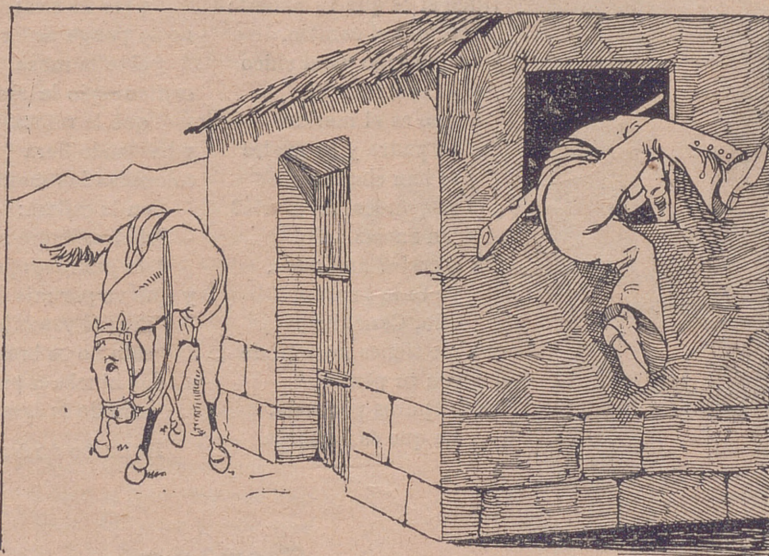
1.—Si no aprieto el paso es capaz de alcanzarme ese bárbaro.



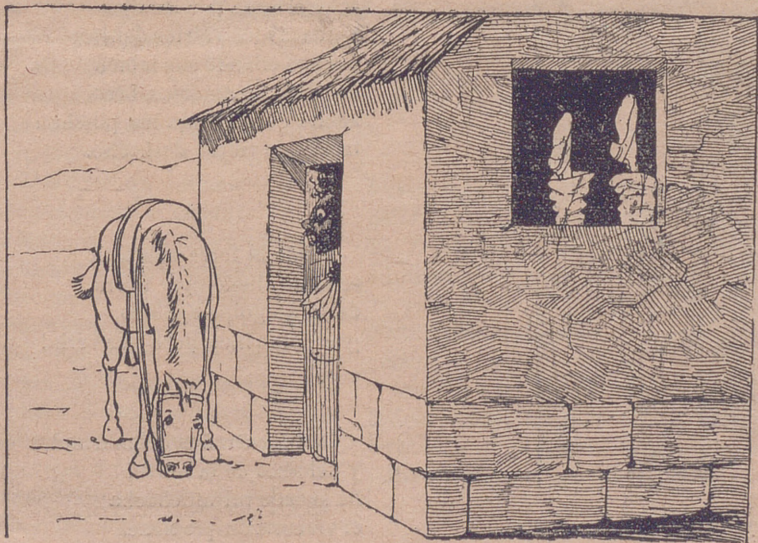
2.—Pues por aquí me cuelo.



3.—Aquí debe haberse escondido.



4.—No se ve nada, pero allá voy.



5.—¡Guanajo, qué idea!

alguien será el sastre, si para entonces ha cobrado las cuentas pendientes.

Hay otro género de estériles, el de los que no hacen nada, y por lo mismo odian á cuantos tienen actividad ó talento. Esto le sucede á Hermógenes Pinto, que entretenido en criticar las obras ajenas, no tiene ocasión para realizar ninguna propia.

¿Ve Pinto un ferrocarril? Pues enseguida le encuentra el flaco y pone á los ingenieros como nuevos. ¿Oye una ópera? Pues á renglón seguido la emprende con el compositor y no le deja un hueso sano. ¿Escucha un discurso? ¡Pues se ha lucido el orador! Hermógenes Pinto es así; para su tremenda, inconcebible suficiencia nada hay nuevo ni bueno. Descarga sobre grandes, medianos y chicos su ira de envidioso y no les deja respirar. Siempre está Hermógenes fustigando, como él dice. Fustiga sin piedad ni descanso á los célebres, porque lo son, á los oscuros, porque pueden dejar de serlo: se parece á la campana de Toledo, ¡si él, Hermógenes Pinto, sonara! pero no suena nunca. Es una especie de mayoral de ingenio, sin ingenio, por supuesto. No hace más que repartir latigazos á los que trabajan, pero ni por Dios ni por su madre llega á ponerse en faena.

Pinto se muere pronto. Le va á matar cualquier día la satisfacción que la suerte puede proporcionar á cualquiera de sus zonocidos.

Los dos estériles son malos y no se puede decir cuál es peor. El que desdigna, por tonto; el que muerde, por perverso. Los dos andan por el mundo, el uno despreciando el mérito y el otro destruyendo famas ajenas. Pero no es cosa de hacerles caso. Hay que seguir el camino sin atender á los que por desdén ó por mala fe obstruyen la carretera...

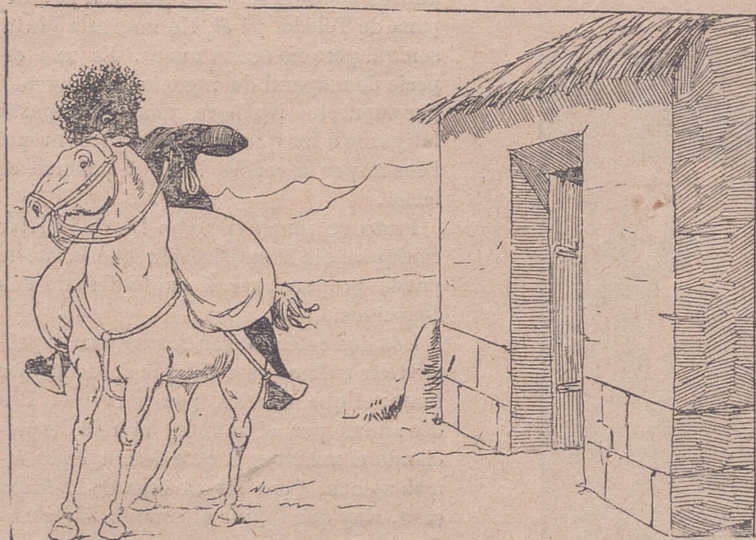
Este discurso, sobre poco más ó menos, pronuncié á Juanito Sabres cuando supe que el hombre tenía sus ambiciones. Si podía tenerlas, hacía muy bien, y no era caso de desmayar porque Canaleta le tomase el pelo—según frase del propio Pepito—ó porque Hermógenes le dijese que renunciase á la lucha.

Sabres tenía ingenio, cultura y quería abrir las alas y volar. ¿A dónde llegaría? Nada puede predecirse. Hay quien va para escribiente de un juzgado municipal y acaba en ministro. Hay quien va para ministro y se queda en fiel de fechos. ¡Cualquiera se mete en averiguaciones de lo porvenir cuando lo presente anda tan confuso! Lo cierto es que Juanito Sabres debía de probar fortuna prescindiendo de esos estériles, que para nada sirven, ni siquiera para estimar á los que trabajan.

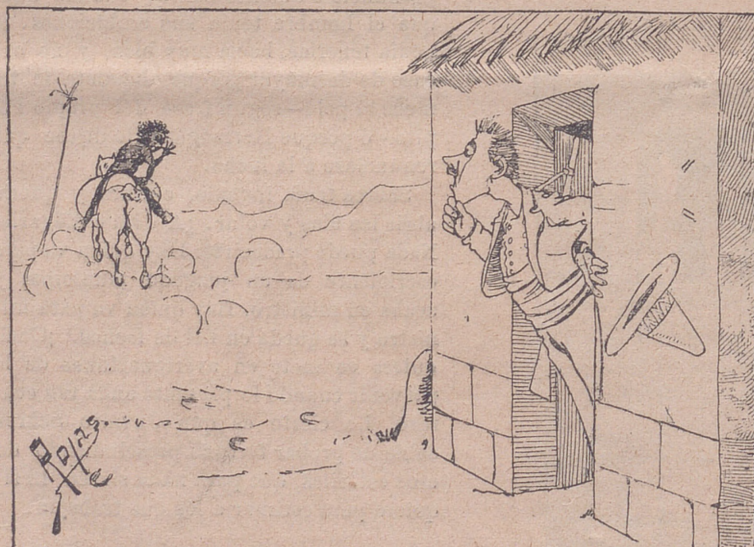
J. Francos Rodríguez.



6. — Me parece que..



7. — Aunque te des prisa...



8. — ¡Me voy á poner bravo! ¿Se lleva mi caballo?

Amor ideal.

Así ayer preguntaba
con voz temblona
el vejete D. Lucas
á su fregona,
moza de brío
más fresca que una rosa
cuando hace frío.
¿Por qué lloras, chiquilla,
por qué tus ojos
al revés de tus labios
se ponen rojos?
¿Qué tienes, hija?
no me ocultes la causa.
¿Qué hay que te aflija?
¿De amorcillos se trata?...

casi adivino,
es dolencia que huella
nuestro destino,
¡y en vez de amores
encontramos desdichas
y sinsabores!...

Dime si es que tu amante
te dió el camelo,
ó es que vino ya el chico
del entresuelo,
que es el marido
que tu padre y tu madre
te han elegido.

¿No respondes, mi gloria?
¡en ansias ardo!
¿Es secreto? no temas,
yo te le guardo,
dilo, Conchita
que me tienes muy triste
con tu penita.

No te apures por nada.
La que es hermosa

debe amar á su novio
muy poca cosa;
porque los hombres
cuanto más... pues, más

[quieren,
y no te asombres;
sé con ellos esquivá,
toma el consejo,
y recuérdalo siempre
porque es de un viejo;
no te acalores
ni concedes en balde
muchos favores.

¿No es amor? pues no al-
[canzo,
niña del alma,
lo que puede en tu pecho
turbar la calma...
¡habla, dí aprisa!...

— ¡Ay, señor, que me

[muero,
pero de risa;
no se ponga *usté* serio
dice la moza
conteniendo la risa
que le retoza
y hablando fiera
colocadas las manos
en la cadera:

— *Sabrá usté* que mi novio
es guardaguja
y que ve por mis *clisos*;
pero el granuja,
esto no es broma,
me los hincha á porrazos
cuando *la tomá*.

Roberto de Palacio.

Coplas.

Mi corazón era un vaso
que destrozaron los celos,
eché el agua por los ojos
y guardé los vidrios dentro;
por eso cuando sus labios
me dan con amor un beso,
siento que el alma me pinchan
trozos de vidrio deshecho.

*

*

Desde la torre más alta
echó mi ilusión por tierra,
del rudo golpe agonizo
¡y aún me incorporo por verla!

*

*

De las entrañas del marmol
y del seno de la nieve,
ha sacado mi muchacha
el vil corazón que tiene.

Salvador Rueda.

Gacetillas Teatrales

VARIOS apreciables colegas han puesto ya á *madame Judic* como chupa de dómine. La cosa no era para tanto; ni para echar las campanas á vuelo ni para decir pestes de la madama. La cual madama es una Luisa Campos ó una María Montes de allende los Pirineos, con más ó menos intención, más ó menos gracia, pero al fin una tiple ó una artista de esas que saludamos á las veces con olés en nuestros escenarios, cuando ellas, las tiples, se arrancan por lo *jondo* con un cante lleno de salero... convencional.

Es claro que pagar diez pesetas para oír una cosa parecida á la que nos sirven aquí á doce ó trece perros grandes la ración, es algo abusivo. Pero de este abuso no tiene la culpa *madame Judic*, ni nadie. Tienen la culpa los primos que pagan espléndidamente el género algo averiado de *extranjis*, y pagan, espléndidamente también, á las *similares* del país.

Los señoritos y las señoritas que bostezan oyendo comedias de Ayala, cuando las oyen y regalan su plata—el oro anda escaso—á manos llenas á los franchutes sin mérito, esos, esos tienen la culpa. La *Judic* viene á su negocio y hace muy bien. Lo malo, lo triste, es que encuentre negocio. El pecado no está en el espectáculo, sino en los espectadores.

En cuanto á las obras, ya tienen más razón los apreciables colegas. ¡Qué obras, qué chistes, qué situaciones cómicas! Pero si bien se mira, los que han ido al teatro de la Princesa puede que no entendieran bien lo que decían desde el escenario los cómicos, y así se explica que no hayan protestado ruidosamente, como cuando se trataba de *atrevimientos* de autores españoles. Porque convengamos en que para un español es más fácil entender lo que dice un cómico cuando habla en castellano que cuando se expresa en francés. ¿Que se dicen porquerías en los *vaudevilles*, bueno; pero las dicen veladas por un idioma extranjero y eso atenúa mucho el efecto.

Lo que sí choca es que aquí en España, la alta clase asista á representaciones que en Francia frecuentan únicamente las personas alegres. Aunque tal vez con el cambio de clima, adquieran moralidad las obras escénicas. Sí, quizás consista en el cambio de clima. En fin, lo cierto es que aquí nos indignamos mucho contra Echeagaray en el primer acto de *Mar sin orillas*, y ahora hemos oído sin ruborizarnos *El perfume*. Bien que los perfumes no pueden juzgarse por el oído...

En resumidas cuentas. La *Judic* se llevó algunos cuartos, y entre tanto, Antonio Vico que se fastidie.

* *

Y ahora que hablo de Antonio Vico. La otra noche representó admirablemente el protagonista de *Don Alvaro*. ¡Cuántos aplausos recibí! Eso sí, la gloria no se la escaseamos nosotros á nadie. Lo malo es que ponemos á nuestros grandes artistas á ración de laurel, y el laurel es poco substancioso.

Pero, después de todo, se explica per-



Están llenos de aprensiones esperando á *Camelilla* el cronista de salones más popular de la villa.

fectamente que el público de dinero desdeñe el teatro Español. ¡Vaya una cosa! El *Don Alvaro*, por ejemplo, está escrito en magníficos versos y en prosa magnífica, pero no tiene ni un mal galicismo. Nada, nada, que nos den *piecitas francesas*.

Por cierto, volviendo á *El perfume*, que todavía no le han traducido y no es intolerable. Vamos con él, amigos. Con el boletín de procedencia puede que pase.

* *

El teatro de Apolo se ha convertido en el puesto de arrebatá... autores. La otra noche se estrenó un sainete lírico titulado *La boda de Serafín*, y el público trató con verdadera maldad á la obra. ¡Antes de levantarse el telón, hubo silbidos! Pero caballeros ¿qué les pasa á ustedes? Yo creía que eso de los reventadores era un mito, pero me voy convenciendo de que realmente existen personas que cultivan el silbido por el silbido, como quien dice el arte por el arte.

La boda de Serafín tiene música bonita y un libro, incompleto sí, pero con algunas escenas animadas y graciosas. ¡Cuántas obras peores se han presentado consecutivamente un centenar de noches! Pues, á pesar de todo, al concluir la representación, se armó en el patio una sarracina espantosa, y los *pateadores* amargaron el triunfo de Constantino Gil y de Valverde.

Verán ustedes cómo las empresas de los teatros de zarzuela al menudeo tienen que recurrir al procedimiento que indiqué en una de mis *gacetillas*. El cual procedimiento consiste en no estrenar las obras y sacarlas por sorpresa á los carteles.

* *

¡Sí, yo lo dije! Con motivo de la representación de *La loca de la casa*, se han desatado algunos críticos profundos, hombres sesudos y graves, á los cuales los dedos se les antojan *tésis*.

Empezó la lenta pero continua *dissección* de la obra, y ha llegado el momento de hablar de si Galdós opina de este modo, ó si opina del otro; si se propone aquello ó lo de más allá. ¡Y pensar que algunos de los que se dedican á esta labor honda creen merecer la inmortalidad, sólo porque son serios como colchones! Eso sí, los tales escritores profundos suelen abrirse paso.

¡Es claro, á fuerza de ahondar llegan hasta los antípodas! Pero en fin, yo sigo en mis trece; en cuanto huelo á un pedante, aunque lo *jalee* el mismísimo Preste Juan de las Indias, le atizo carpetazo. Si me da en la nariz tufillo de crítico empingorotado, aparte mi vista de las *elucubraciones* del hombre profundo, y parodiando al personaje de Pereda, digo: «Taday, simpleza». Porque las lecturas empalagosas no son sanas.

Juan Palomo.

SECCION AMENA Y PRODUCTIVA

El distinguido periodista y querido amigo nuestro D. Federico Urrecha, nos suplica hagamos constar que no es él quien escribe las *Gacetillas teatrales*, que llevan la firma de Juan Palomo.

Bueno, pues que conste así.

* * *

EL JEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR

¡Caíste, caísteis!

¡Con cuánto gusto escribimos las anteriores palabras!

Todas las semanas recibíamos cartas en las que se nos sermoneaba acerca de la poca facilidad de los jeroglíficos. «Que estén muy claros, que sean muy fáciles», nos decían, y tanto arreciaron, que ya nos fué preciso contestar en el número anterior exponiendo nuestro leal saber y entender. Más aún; hicimos uno facilito, y los hechos han venido á darnos la razón.

¡Pero de qué manera tan elocuente!

Casi todas las soluciones recibidas son exactas, exactísimas.

¿Quiéren ustedes jeroglíficos facilitos? Pues he ahí las consecuencias.

Para contentar á todos necesitábamos dar más de cien premios.

Y la verdad, aunque generosos, no está nuestro bolsillo para tanto.

Ahora se convencerán los descontentos. Es preciso hacer los jeroglíficos con ciertos tropiezos y enredijos para que el mérito de los que aciertan sea mayor.

Ha continuado funcionando el telégrafo, han llovido cartas y visitas sobre nuestro administrador, y ha habido caballero, ¡Dios le perdone! que lo ha despertado á las altas horas de la noche para entregarle la solución que «en aquel momento se le había ocurrido».

También han llovido las advertencias amistosas, los consejos, los sermones y las consultas. ¡Oh! sobre todo las consultas. Va á ser preciso abrir una sección para contestar á todas.

En cuanto á las advertencias y consejos, y hasta los sermones, los agradecemos, porque muchos son dignos de tener en cuenta.

Con las consultas ya no pasa lo mismo. Hay quien nos dice: «Escribanme á correo vuelto diciéndome si lo he acertado.» Y esto, claro está, no puede ser, porque necesitaríamos una oficina con personal numeroso.

«¿Puedo—dicen otros—enviar más de una solución?» Sí, señor, cuantas quiera. Lo esencial es que mande la exacta aunque esa vaya entre ciento.

Y ya que entre consultas y advertencias estamos, nosotros también haremos una de las segundas: tengan buen cuidado de escribir en el pliego donde envíen las soluciones el pueblo, la fecha y el domicilio.

Es de necesidad para el buen orden y distribución de los premios.

* * *

Nuestro respetuoso y entusiasta saludo á las señoras. Ellas siguen honrando nuestra casa (que es de ustedes) con sus perfumadas soluciones. También esta semana ha correspondido el premio al bello sexo.

Es preciso convenir, caballeros, en que las señoras tienen á veces más ingenio, y sobre todo, más perspicacia que los que llevamos barba.

LA CARICATURA (que también es señora) tira por alto la montera, gritando:

«Bendiga Dios la gracia de las mujeres.»

* * *

La solución es como sigue:

«CANCANES BAILABAN LOS FRANCESES EN LA DECADENCIA DEL IMPERIO.»

* * *

JEROGLÍFICO CON PREMIOS REGALO DE D. ENRIQUE F.-DE-ROJAS

Impresor de esta Revista.

Primer premio: 25 pesetas

Cinco segundos premios de consolación de

medio año de suscripción á LA CARICATURA

3
3
2
1
9 — 9 D

nnnnn XVEROT_{es}ia D

catalanes gaditanos manchegos

p				l						
1	3	0	5	8	1	8	8	1	6	7
4	8	3	6	5	4	3	4	5	5	3
5	9	5	7	4	3	5	5	9	8	2

Las soluciones han de estar en nuestro poder los martes.

NO SE ADMITEN SEUDÓNIMOS

Y ahora vayan ustedes leyendo nombres.

Primer premio 25 pesetas.

DOÑA MERCEDES MARTÍNEZ
San Joaquín, 2, 3.º, Madrid.

segundos premios

DE MEDIO AÑO DE SUSCRIPCIÓN Á LA CARICATURA

D. JOSÉ M. DE LAS BARRERAS
Arenal, 20, Madrid.

D. MANUEL ESTRADA
Comandancia de Ingenieros.—Arsenal.
Cartagena.

D. CRUZ MUÑOZ
Elcano, 1, San Sebastián.

D. JOAQUÍN ARGEDAS Y MATEU
Caballero de Gracia, 29, pral., Madrid.

D. JOSÉ PARDO GIL

Atocha, 120, pral., Madrid.

Han enviado además la solución exacta los señores siguientes:

D. Pedro Pérez de los Cobos, salón del Prado, 3, 2.º, Madrid.—Juan Mourel y Vega, Relatores, 22, id.—Modesto González y Fernández, Gravina, 14, id.—José González Daniel, paseo de Areneros, 3, hotel, id.—Francisco Porcas, Colmillo, 2, id.—Federico Fernández Granda, Mayor, 31, id.—José Sempere Miró, Borriol, 33, Valencia.—Juan Moreno Suárez, Industria, 3, Sevilla.—Manuel Gaya y Felipito Marañón, Fuencarral, 101, Madrid.—Benito Villar, Gravina, 74, Sevilla.—Rafael López Real, San Juan, 55, Madrid.—Francisco Falasac, Jamerdana, 2, Sevilla.—Antonio Hernández Almansa, (sin señas).—José Coll, Libertad, 26, Madrid.—Dionisio Pons, Serrano, 8, Valencia.—Indalecio Merás, Atocha, 104, Madrid.—Alberto Eguía, Plaza de la Cebada, 10, idem.—Pedro Rey, Amor de Dios, 13 y 15, id.—Enrique Centeno, Juan Bravo, 2, id.—Mariano Valenzuela, Preciados, 37, id.—Francisco Monterde, Caballero de Gracia, 10, id.—Emilio Bensabuz (sin señas).—Manuel Silvestre, Fuencarral, 134, Madrid.—Federico Alcázar y Céspedes, Mesón de Paredes, 100, id.—José Ferrer, Posada del Peine, c. núm. 13, id.—Julio Sanz de la Garza, Academia de administración Militar, Avila.—Lorenzo Duque Berzal, Huertas, 12, Madrid.—Ricardo Marcos González, Pab. núm. 2 de empleados, cárcel Modelo, idem.—Juan F. Miguez, Trafalgar, 9, id.—Ramón R. de Olano, Toledo, 7, id.—Juan Sánchez Sandino, Preciados, 50, id.—Manuel M. Ruiz, Montealeón, 7, id.—F. Pérez y Capo, Peninsular, 11, id.—Antonio Soriano, Gravina, 14, id.—Joaquín García González, Barquillo, 45, id.—Luis Paniagua, Acuerdo, 18 y 20, id.—Salvador Pomata, Veneras, 1 y 3, id.—Rafael Santa Ana, Cervantes, 13, Sevilla.—Arturo González, Barcelona.—Felipe Garrido, cuartel del Picadero, Valencia.—Federico Rodrigo, Chilleñas, 12, Avila.—Manuel Fernández, Patio Banderas, 15, Sevilla.—Vicente Climent, Jordana, 34, Valencia.—Vicente Osca, Jerusalén, 6, id.—Carlos de España, Doña Bárbara de Braganza, 18, Madrid.—Rosa Dorda, Avila.—Telesforo de Avanzadi y Unamuno, Co-redera baja, 22, id.—Gaspar Bannazar, San Joaquín, 2, idem.—Eugenia de la Riva y Ramírez, San Isidro, 6, idem.—Enrique López y Barcial, Echegaray, 11 idem.—Leopoldo Grizalde, Aduana, 47, id.—Alberto Batlle, Barcelona.—Simón Vega, jacometrezo, 23, Madrid.—Honorio Garaizabal Golmayo, cuesta de Santo Domingo, 18, id.—Cándida Escofel, Bailén, 85, Barcelona.—Luis Palanca, Espíritu Santo, 51, Madrid.—Manuel Herrera, Sevilla.—Pablo Cazorla, José Botí y J. García Vaso, Acera del Darro, 46, Granada.—Pascual Montagut, Valencia.—Francisco V. Fernández, Santiago, 27, Valladolid.—Luis García Movellan, Palma Alta, 20, Madrid.—Faustino S. Comendador, Alamo, 1, id.—Joaquín Dualde Gómez, Valencia.—Félix Muguza, Bilbao.—Marcelino F. Rebollos (sin señas).—Alfredo García, Sama de Langreo, Oviedo.—Elvira Pomata, Madrid.—Eugenia Cantin, Tallers, 31, Barcelona.—Martín Saez, Pasajedela Virregua, 1 (...).—Benigno Pradilla, Leganitos, 35, Madrid.—Roberto Suárez Inclán, Claudio Coello, 34, id., y Ricardo G. Bacón, Recoletos, 31, id.

Y que Dios nos acoja en su seno, que bien lo hemos ganado, teniendo que registrar, anotar y ordenar tanto nombre.

* * *

El conocido industrial, querido amigo nuestro é impresor de este periódico, don Enrique F.-de-Rojas, que por razones fáciles de comprender, no ha querido aspirar á los premios ofrecidos en nuestros concursos, quiere contribuir al mayor esplendor de ellos, á cuyo efecto nos ha propuesto, y nosotros nos hemos apresurado á aceptar, la publicación de un jeroglífico, de su exclusiva invención, con premio en metálico de su exclusivo bolsillo.

Es el que publicamos hoy, y esperamos publicar en la semana próxima, porque es de cuidado.

Insertaremos otro nuestro, también con premios, y así tendrán ustedes dos.

Sirva este acto espontáneo del Sr. Rojas de contestación á aquellos lectores que nos preguntan si admitimos colaboración en la SECCIÓN AMENA.

Sí, señores, y con premios, mejor.

Dios dé á ustedes el talento que necesitan para descifrar el jeroglífico.

¡María Santísima!...

SUMARIO

del núm. 27 de LA CARICATURA

Madridleñerías.—A. Pons.
 La Semana.—Eduardo de Palacio.
 Del teatro por horas.—A. Pons.
 Falique.—Clarín.
 Incompatibilidades.—A. Sánchez Pérez.
 Grilla.—Rojas.
 Un crítico de arte.—*
 Facotilla.—José Estrañi.
 Croquis evolucionistas.—Méndez.
 Redondillas.—Manuel del Palacio. (De la R. A. E.)
 Amantes célebres.—A. Pons.
 Los huevos de avestruz.—Griffin.
 Cómo ocurrió.—Rojas.
 Cuentos franceses.—El tuerto ciego.—*
 Una obra meritoria.—Oppen.
 Un discurso de un compañero.—Pando.
 Gacetas teatrales.—Juan Palomo.
 Sección amena y productiva.—*
 Jeroglífico con premios.
 Cosas que se publican.
 Anuncios.

25, 50, 75 Y 100 PESETAS

de regalo en todos los números de

LA CARICATURA

al lector que PRIMERO envíe la solución exacta del entretenimiento que se señale.

Suscripción gratuita á «La Caricatura»

para los cinco lectores que, por riguroso turno, envíen la solución después del primero.

Núm. 17: han correspondido los premios á los señores siguientes:

Premio de 50 pesetas.

D. SENÉN FERNÁNDEZ REINARES
 Princesa, 14, principal, Madrid.

segundos premios

DE UN AÑO DE SUSCRIPCIÓN Á LA CARICATURA

D. SANTIAGO ARNÁIZ
 San Bernardo, 69, Madrid.

D. LUIS BELLO
 Paz, 6, principal, id.

D. CASIMIRO PEDRO ZORRILLA
 Infantas, 26, 3.º, id.

D. F. PÉREZ Y CAPO
 Peninsular, 11, 3.º, id.

D. A. SOLSONA
 Conde Duque, 17, principal, id.

Núm. 18:

Premio de 50 pesetas.

D. JOSÉ MORENO RODRÍGUEZ
 Duque de Alba, 16, 3.º, Madrid.

segundos premios

DE UN AÑO DE SUSCRIPCIÓN Á LA CARICATURA

D. F. PÉREZ Y CAPO,
 Peninsular, 11, 3.º, Madrid.

(Desiertos cuatro premios.)

Núm. 19:

Premio de 50 pesetas.

D. ESTEBAN MARÍN
 Trafalgar, 5, cuarto, derecha. Madrid.

segundos premios

DE UN AÑO DE SUSCRIPCIÓN Á LA CARICATURA

D. MANUEL BELLO
 Estudios, 5 y 7, tercero, izq.ª Madrid.

D. FRANCISCO ACED
 Carretas, 41, id.

D. FÉLIX MUGURUZA
 Bilbao.

(Dos premios desiertos.)

Números 20, 21, 22 y 23: que-
 daron desiertos los premios.

Núm. 24:

Premio de 50 pesetas.

D. JOSÉ MARÍA NAVARRO
 Fuenclara, 4, 3.º, Zaragoza.

(Cinco premios desiertos.)

Núm. 25:

Premio de 25 pesetas.

D. FRANCISCO DE LANUZA
 Pelayo, 63, 4.º, derecha, Madrid.

segundos premios

DE MEDIO AÑO DE SUSCRIPCIÓN Á LA CARICATURA

D. MÓDESTO GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ
 Gravina, 14, principal, Madrid.

D. JOSÉ GONZÁLEZ DANIEL
 Paseo de Areneros, 3, hotel, Madrid.

D. JUAN MORENO SUÁREZ
 Industria, 3, principal, izq.ª, Sevilla.

D. JOSÉ ALONSO
 Pórticos de Xifré, 8, Barcelona.

D. JOSÉ PALANCA
 Espíritu Santo, 51, primero, Madrid.

PREMIO SUPLEMENTARIO DE DOBLE CONSOLACIÓN

D. CARMELO GAY
 San Gil, 21, duplicado, 2.º, Valencia.

Núm. 26:

Premio de 50 pesetas.

DOÑA FLORENTINA PADRÓ
 Provenza, 85.—Gracia. Barcelona.

segundos premios

DE UN AÑO DE SUSCRIPCIÓN Á LA CARICATURA

D. PASCUAL MONTAGUT
 Oficinas del ayuntamiento, Valencia.

D. ANTONIO DE MOTTA
 Corredera Baja de San Pablo, 57, Madrid.

D. JOSÉ SEMPERE MIRÓ
 Borrull, 33, entresuelo, Valencia.

(Dos premios desiertos.)

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES


Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.


Todos los grabados de este número, han sido hechos en los talleres de fotograbado de L. R. y C.ª, San Bernardo, 69, Madrid.

⇨ OBRAS DE ANGEL PONS ⇨

Historietas.

Notas alegres.

300 dibujos. 

 300 dibujos.

⇨ 3,50 PESETAS

3,50 PESETAS ⇨

MANUEL FERNÁNDEZ LASANTA.—Editor.—Ramales, 6.—MADRID



¡Caramba!
 El mejor café
 no es el de La España?
 Diga usted que sí, etc.
 Santa Engracia, 94.

IMPRESA
 DE
 ENRIQUE F.=DE=ROJAS

IMPRESIONES DE GRAN LUJO
 Y DE TODAS CLASES

TRABAJOS PARA PROVINCIAS

PLAZA
 DE LOS
 MOSTENSES, 12.
 Esquina á la calle
 DE LAS BEATAS
 —
 MADRID



LA CARICATURA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Se publica los domingos.

—> 16 PAGINAS, 15 CENTIMOS <—

ADMINISTRACIÓN, LOPE DE VEGA, 34, 36 Y 38, PRINCIPAL

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid y provincias: Semestre, 4 pesetas; año, 7 pesetas.

Ultramar y extranjero: Año, 10 francos.

En Madrid y provincias no se admiten suscripciones por menos de un semestre, y en Ultramar y extranjero por menos de un año.

El pago es adelantado.

VENTA

Número suelto, **15 céntimos**.—Id. atrasado, **30 céntimos**. Corresponsales y vendedores, **10 céntimos** número.

Toda la correspondencia á nombre del Administrador, D. RAMÓN MILLET.

LA CARICATURA ha conseguido en muy poco tiempo colocarse al nivel de las mejores publicaciones del extranjero. Y como obras son amores y no buenas razones, ahí van las firmas con que hasta ahora se han honrado las columnas de LA CARICATURA:

Alas, Leopoldo (Clarín).
 Abate Pirracas.
 Blanco, Ramiro.
 Bofill, Pedro.
 Burgos, Javier.
 Campoamor, Ramón de (de la Real Academia Española.)
 Castelar, Emilio (de la Real Academia Española.)
 Cavia, Mariano de.
 Delgado, Sinesio.
 Dicenta, Joaquín.
 Enseñat, Juan B.
 Ernesto.
 Esbrí, José María.
 Estrañá, José.
 Estremera, José.
 Flores García, F.
 Francos Rodríguez, J.

En todos los números

Sección amena y productiva

con regalos de 25, 50, 75 y 100 pesetas, á todos sus lectores.

16 PAGINAS. 15 CENTIMOS

La Caricatura



Laserna, José.
 Lustonó, Eduardo.
 Luque, J.
 Matóses, Manuel.
 Méndez.
 Ortega Munilla, José.
 Ossorio Gallardo, C.
 Palacio, Eduardo de.
 Palacio, Manuel del (de la Real Academia Española.)
 Palomo, Juan.
 Pando.
 Pardo Bazán, Emilia.
 París, Luis.
 Paso, Manuel.
 Pérez y González, Felipe.
 Pons, Angel.
 Porset, Liborio.
 Rojas, Pedro de.
 Royo Villanova, Luis.
 Rovira, Prudencio.
 Rueda, Salvador.
 Sánchez Pérez, A.
 Serrano de la Pedrosa, F.
 Soriano, Manuel.
 Taboada, Luis.
 Urrecha, Federico.
 Valdés, L., y otros.

LA CARICATURA

es el periódico cómico mejor y más barato de cuantos se publican en España.

Los anuncios para LA CARICATURA se reciben en la empresa anunciadora Los Tiroleses, Barrionuevo, números 7 y 9, entresuelo.—Teléfono 331.